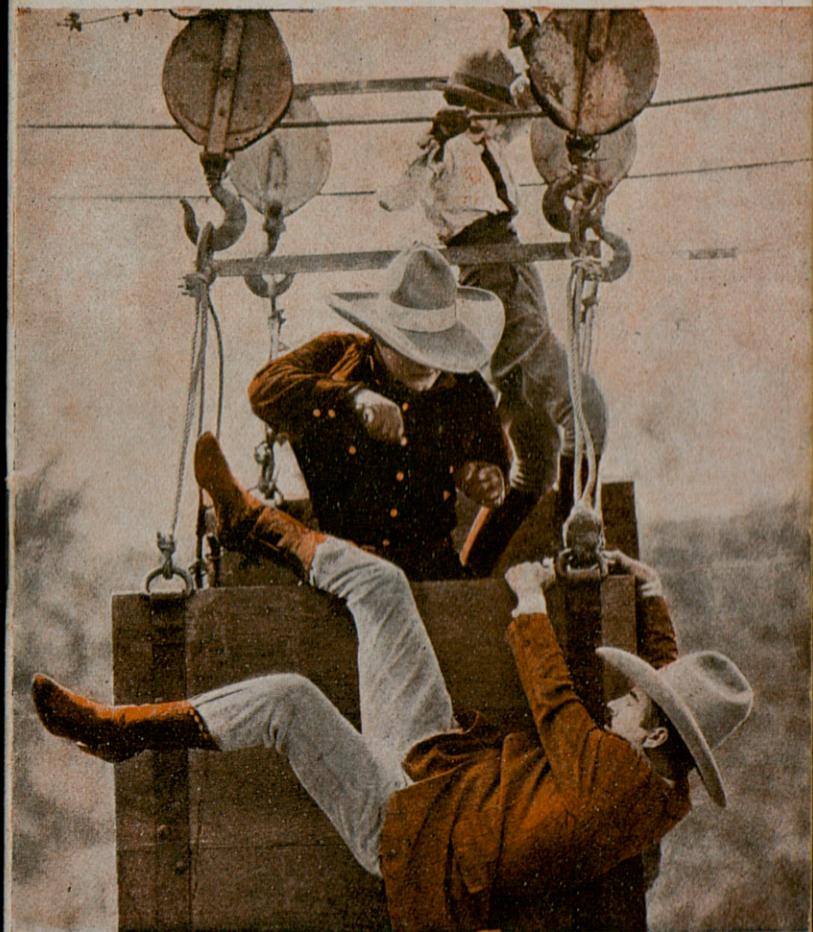


Una conquista por celos

por
JACK HOXIE



BIBLIOTECA TREBOL

Publicación semanal

N.º 68

PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

A SIX SHOOTING ROMANCE
Una conquista por celos 1926

Versión literaria de la película de igual título,
interpretada por el notable As de los cow-boys

JACK HOXIE

por
C. GOTARREDONA

Exclusiva
HISPANO AMERICAN FILMS
Calle Valencia, 233 :: Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

UNA CONQUISTA POR CELOS

I

Por uno de los caminos más solitarios del Oeste, unos cuantos hombres armados buscaban refugio en el lugar más abrupto.

Al propio tiempo y no a mucha distancia del sitio donde pararon, una desvencijada carretela de hacienda, penosamente arrastrada por dos brioso caballos, iba aproximando hacia la finca llamada El Espejo, vasta extensión de terreno, propiedad que el señor Travis, recientemente fallecido, había legado a un lejano pariente.

Los jinetes se detuvieron al abrigo de unos ribazos, a espaldas de la carretera, y allí liarón un cigarro esperando tranquilamente a que el vehículo se aproximase.

Conviene advertir, para tranquilidad de los lectores impresionables, que aquellos hombres no eran bandidos, aunque sus trazas fueran poco tranquilizadoras. Pero en el campo no se puede ir vestido de etiqueta ni afeitarse todos los días, como los elegantes de la ciudad.

Entre ellos figuraba Roberto Rickets, segundo capataz de la hacienda El Espejo, un

hombre ya entrado en años y metido en carnes, pero buena persona.

— Ya se acerca el coche, muchachos. Me parece que nuestro nuevo amo, don Futraque, ese pollo elegante de la ciudad, que sin comérlo ni beberlo ha heredado la hacienda más rica de la comarca, se va a llevar un susto con el recibimiento que le dispensaremos.

Los mozos rieron saboreando de antemano el placer de embromar a un señorito de la ciudad, y uno de ellos exclamó :

— Oiga, Rickets : me parece que no debemos abusar mucho, porque nos exponemos a que al joven le dé un ataque de nervios.

— ¿Un ataque de nervios? ¿Qué es eso? — preguntó otro, entre la hilaridad general.

— Pues una enfermedad que les da a los señoritos cuando se asustan — respondió Rickets.

— ¡Bah! ¡Eso se cura con un tiro en la oreja!

— ¡No seas bestia, Jones! Siempre serás un ignorante. Lo que se cura con un tiro en la oreja es el hipo.

Estuvieron discutiendo largo rato sobre ese punto, sin ponerse de acuerdo, mientras el vehículo que conducía al nuevo dueño de El Espejo, víctima propiciatoria de la broma que preparaban los vaqueros, avanzaba por el camino y estaba cada vez más cerca.

Santiago Hardy, conocido por «Centella», era el capataz de la hacienda, y en aquel mo-

mento regresaba a ella para recibir al nuevo propietario. Como viera a los vaqueros y se dirigiera hacia ellos, Roberto Rickets ordenó :

— Guardad las pistolas, que ahí está Santiago para estropearlos la combinación.

Hardy era un muchacho joven, fuerte, capaz de derribar un toro con la mirada, pero todo lo que tenía de fuerte lo poseía de bondad y se hacía estimar por sus subordinados. Así es que cuando llegó al grupo y preguntó lo que hacían allí reunidos, el propio Rickets le contestó :

— Estamos esperando al nuevo propietario para recibirlo dignamente, al estilo del país.

— Haced lo que queráis, pero no contéis conmigo para nada de eso. Yo me voy a la hacienda y allí esperaré la llegada del coche... y de los que queden vivos.

Los vaqueros se miraron unos a otros. Roberto Rickets, que quería al capataz como si fuera un hermano, exclamó al verle marchar:

— ¡Qué buen sujeto es ese Hardy! Otro capataz nos prohibiría que molestásemos a los viajeros, y en cambio él nos autoriza incluso a que matemos algunos.

II

Los vaqueros, sin embargo, no contaban con la huéspeda. La huéspeda era nada menos que una linda señorita de la ciudad, Adelaida

Travis, sobrina y heredera del difunto Travis, que ni con el pelo cortado, ni su indumentaria masculina, por mucho que quisiera ella misma, podían convertir en un elegante de la capital.

Acompañaba a la bella Adelaida Travis su inseparable señora de compañía, mamá Gertrudis, una meztiza capaz de correr todos los peligros imaginables con tal de no abandonar a Adelaida, su niña querida, que había sacado de los pañales y «encaminao» por los «retorcios» senderos del mundo.

El viaje se había presentado bien; no había turbado su tranquilidad ni el más pequeño incidente durante el largo trayecto que separaba la estación más inmediata de la finca.

El objeto que llevaba a Adelaida a las lejanas tierras de Oriente haciéndole abandonar la indolente y confortable compañía del buen mundo era el de posesionarse de la herencia y poner todo aquello en orden.

— Aun nos debe faltar mucho para llegar al Oeste — exclamó mamá Gertrudis, asomándose por milésima vez a la ventanilla, — pues todavía no he visto un solo indio.

— ¡Ah! ¿Pero lo que buscas con tanta insistencia, es para ver si encontramos algún indio? ¡Pues aviada estás, mamá Gertrudis! ¡Esta es la tierra más pacífica del mundo!

Igual que si todo el Oeste de los cow-boys y de los indios, de los bandidos y los cuatberos la hubiesen oído y quisieran demostrar



— ¿Es así como reciben a los forasteros los hombres del Oeste?

que el pintoresco espíritu de raza no se había extinguido aún del todo, sonó una descarga, inmediatamente después que Adelaida hubo pronunciado aquellas palabras.

¡Pero qué descarga, señores! La repitió tantas veces el eco de las montañas, se conmovió y crujió tan desconsoladoramente el desvencijado cajón mal llamado coche, que más bien parecía que un regimiento entero de cow-boys, ladrones o una horda de indios salvajes habían descargado todos a un tiempo.

— ¡Los indios!! — exclamó mamá Gertrudis.

Como seguramente el lector habrá comprendido, se trataba de la partida capitaneada por Rickets, los cuales habían emprendido la persecución del vehículo disparando sus pistolas al aire.

Adelaida, que estaba muy lejos de ser cobarde, como más adelante se verá, creyó, sin embargo, que lo más prudente era refugiarse en un rincón de la carretela y, como decimos por aquí, esperar tiempos mejores.

Como estaban cerca de la hacienda, no tardaron en llegar a ella, siempre perseguidos por los presuntos bandidos.

Santiago Hardy, que como sabemos se había anticipado para recibir a los forasteros en el patio de la casa, se arrepentía de no haber evitado aquella broma.

— Los muchachos le preparan una broma pesada a don Futraque — había dicho a uno

de los mozos. — Quieren que se entere, desde un principio, de cómo las gastan por aquí.

Cuando el coche se detuvo ante la hacienda, él en persona abrió la portezuela. Las dos mujeres, pensando que todavía estaban en la carretera, y, lo que es peor, en manos de los bandidos, habían cerrado los ojos y oraban fervorosamente.

— Apéese usted, don Futraque, que no tenemos la intención de hacerle a usted ningún daño — dijo jovialmente Roberto Rickets.

Pero cuál no sería su sorpresa cuando vió que uno de los viajeros, el supuesto don Futraque, se volvía, y unos ojos de mujer le miraban iracundos.

— ¿Es así como reciben a los forasteros los hombres del Oeste? — exclamó Adelaida.

De un salto se apeó, y con una rápida mirada comprendió lo ocurrido. Entonces recobró la energía, que era su característica, y dijo:

— Desde este momento yo mando aquí. El que no esté dispuesto a acatar mis órdenes ya puede buscar otro amo.

Los rancheros no habían salido aún de su asombro, y comprendiendo que la cosa se presentaba mal, desfilaron silenciosamente. Sólo quedó allí Santiago Hardy. Debemos decir en honor suyo que fué el único que no perdió su calma habitual.

— Y usted, ¿qué papel pinta aquí en la hacienda? ¿Puedo saberlo? — dijo la nueva dueña dirigiéndole una mirada de desprecio.

Pero en aquel momento un nuevo personaje se presentó, sombrero en mano. Era Fidel King, un hombre cuya mala fama le había acarreado la antipatía de todos los habitantes de la comarca.

III

— Yo soy el propietario de la hacienda colindante — dijo King. — Nunca sospeché, al disponerme a venir a saludar al nuevo vecino, que iba a hallarme con una señorita tan distinguida.

Adelaida dió las gracias, y para hacer mejor los honores a su visitante, le hizo pasar al interior de la casa, no sin antes haber ordenado a Hardy y Rickets que recogiesen el equipaje, cosa que hicieron con el mejor agrado.

Si Adelaida se había decepcionado por el recibimiento que aquellos salvajes le habían dispensado, más se decepcionó al ver el desorden y suciedad que reinaba en toda la casa.

Cuando penetró en la cocina, seguida de King y de Hardy, no pudo por menos de exclamar :

— ¿Esto es una cocina o una cuadra?

Y empezó a reprender al cocinero. Pero éste quiso conservar incólume su amor profesional, y encarándose con la recién llegada le dijo :

— ¡Yo soy el cocinero y no tengo que dar a nadie cuenta de mis actos!



Se dirigieron al salón y allí se procedió a la lectura del testamento

Mamá Gertrudis no pudo resistir aquella impertinencia, y encarándose con él, le chilló :

— Usted habrá sido el cocinero hasta este momento, pero desde ahora lo soy yo.

Rickets, que lo había oido todo desde el umbral de la puerta, se llevó las manos a la cabeza.

— ¡Aquí no va a quedar titere con cabeza! — pensó.

— Ya está usted dejando ese gorro y ese mandil y a ordeñar vacas... — dijo Adelaida al cocinero.

— Bueno ; y usted, ¿qué hace ahí embobado? — añadió después al divisar a Rickets ante la puerta de la cocina. — ¡Váyase a paseo en seguida!

— ¡Eh, eh!... ¡Ha de saber usted que yo no soy un cualquiera : ¡Soy el segundo capataz! Nada menos que ¡el segundo capataz!

— ¿De veras? Pues le agradezco la información, porque nunca lo hubiese sospechado. ¡Tiene usted trazas de todo menos de lo que dice ser!

Santiago asistía a la escena grandemente regocijado. Le hacía gracia el genio de que daba pruebas aquella señorita, y, sobre todo, le divertía el chasco que habían recibido sus subordinados al creer habérselas con un palomino atontado de la capital.

— ¡Ya se le pasarán los humos! Esto es causa del mal humor que le ha dado la broma de antes...

— Vaya a decir a la gente — ordenó Adelaida al segundo capataz — que cuando menos lo esperen les pasare revista a todos. Y hágales presente que esto no es un circo, y que no quiero ver payasos ni monos.

— Sí, señorita, entendido, entendido...

Aun no le había tocado el turno a Santiago, pero este estaba seguro que no tardaría en recibir la correspondiente parte en el chaparrón y estaba dispuesto a tomarlo con su proverbial calma. ¡Le agradaba tanto la rabjeta de Adelaida!

— Ya le he preguntado antes — dijo ésta al reparar en la imperturbable tranquilidad de que daba pruebas aquél hombre — que cuál era el papel que pinta aquí...

— Yo no pinto ningún papel, señorita.

— Pues entonces, ¿qué pito toca?

— Ni pinto papel ni toco pitos, señorita.

— ¡Oh, qué hombre más irritable!... ¿Trabaja en la hacienda o ha venido de curioso?

— ¡Ah! Pues trabajo en la hacienda. Soy Hardy, Santiago Hardy, el capataz.

Y se marchó.

Cuando quedó sola con King, éste, que había asistido en silencio a toda la escena, exclamó :

— Veo que usted y yo, señorita, tenemos los mismos gustos, al menos por lo que se refiere al odio que inspira la desfachatez de esa gente.

— Verdad es ; pero desde ahora todo ha de marchar aquí de una manera muy distinta.

Santiago Hardy encontró a los mozos reunidos en el patio, comentando los incidentes ocurridos. El cocinero, sobre todo, estaba indignadísimo y decía :

— ¡A ver si se ha creído esa señorita que a mí me va a tratar de ese modo!

— ¿Has visto, Santiago, las cosas que ha dicho a este pobre cocinero? — le preguntó Rickets al capataz.

— Pues yo, que soy el capataz, me parece que no le merezco más consideraciones que

vosotros... — declaró sonriente Santiago Hardy.

IV

Pocos días después la hacienda había entrado en plena actividad, siempre bajo la mirada fiscalizadora de Adelaida.

Habiendo desaparecido una importante partida de cabezas de ganado, días después de la llegada de la joven, Santiago Hardy dió orden de que se indagara su paradero.

— El ganado que nos faltaba — le dijo al día siguiente Roberto Rickets — está en la hacienda de Fidel King. Yo lo he visto.

— Pues reúne a la gente y vamos a buscarle — ordenó Santiago.

No era cosa frecuente que los hombres de otras haciendas se acercasen a la de King, pues la aversión que todos le profesaban les hacia huir de sus dominios. Pero en aquel caso, Santiago Hardy, alias Centella, no tuvo inconveniente en ir a comprobar por sus propios ojos la denuncia de Roberto Rickets.

Encontraron el ganado pastando en un prado situado en el centro de la hacienda, sitio bastante oculto para pasar desapercibido.

— Llevaoslo a la hacienda, que yo voy a adelantarme para informar a la señorita Adelaida — dijo Santiago.

Pero alguien más taimado le había cogido la delantera. Ese era Fidel King, que oculto



— *Ya sabe usted, señor King. Siempre que venga será bien recibido por mí*

detrás de unos matorrales lo había visto y oido todo. Se lanzó a galope a campo traviesa, con objeto de ganarle la delantera. Media hora después estaba delante de Adelaida.

— Señorita, no sabe usted el disgusto que tengo. Parte de su ganado se ha venido a mi hacienda y sus hombres lo han encontrado allí.

— ¡Bah! Eso no tiene nada de particular... — exclamó Adelaida, creyendo que eran sinceras las palabras de King.

— Es que su capataz, qué no me puede

ver ni en pintura, me acusará de robo, y en esta región el robo es un delito muy serio.

— No tenga usted cuidado. Mire : casualmente por aquí viene Santiago. No diga usted nada, que yo lo arreglaré todo.

— Dispense que la interrumpa — dijo Santiago llegando hasta ellos, — pero quiero prevenirla contra este hombre que se finge amigo de usted...

— El ganado que nos falta — prosiguió después de una pausa — lo hemos encontrado en su hacienda.

— ¡Naturalmente! Como que yo le di permiso para que se lo llevara...

Santiago se quedó confuso. No comprendía aquello.

— Y en lo sucesivo — añadió Adelaida para remachar el clavo — procure usted no meterse en asuntos que no le importan.

Transcurrieron los días y King seguía frecuentando la finca cada vez con mayor asiduidad. Y así llegó un día en que el notario de la ciudad se personó en El Espejo para proceder a la lectura del testamento otorgado por el viejo Travis.

Adelaida fué llamada por Santiago :

— El notario espera a usted para leerle el testamento de su tío.

Se dirigieron al salón y allí se procedió a la lectura del documento. Pero su contenido decepcionó grandemente a Adelaida. Una de sus cláusulas decía textualmente lo siguiente :

« Mi hacienda pasará a ser propiedad, mancomunadamente, en partes exactamente iguales, de mi citada sobrina Adelaida Travis y de Santiago Hardy, el hijo de mi antiguo capataz, en prueba a los buenos servicios de su padre y susyos. »

A Adelaida Travis le disgustó sobremanera aquella mancomunidad de intereses. No es que tuviese antipatía por el joven capataz, sino que la molestaba extraordinariamente su modo de ser. Santiago era el único de la hacienda que no temblaba en su presencia, antes bien, parecía disfrutar cuando la veía más enfadada.

Cuando los dos jóvenes volvieron a quedar solos, reinó una larga pausa. Santiago, tímido por temperamento, no sabía qué decir, y la situación era algo embarazosa.

— ¡Pues, sí... señorita!

Adelaida le miró de pies a cabeza, como esperando a que explicase el motivo de aquella exclamación. Santiago ya había notado que sus ojos eran muy bonitos; es más, sentíase ya enamorado de ella, lo cual aumentaba su confusión.

Una de las cosas que lamentaba era que fuese tan aficionada a vestirse de hombre. En efecto : se nos había olvidado decir que Adelaida, desde el día que llegó a la hacienda no se había quitado los pantalones. ¡Con lo bonita que sería vestida de mujer!

— Debía usted tener un cabello muy

bonito... — dijo Santiago. Pero como obtuviéra igual contestación que antes, añadió después de una pausa : — ¡Qué lástima que no se lo deje crecer y que no vista como visten las mujeres!...

— ¿Le gustaría a usted? Pues ha de saber que el darle gusto es para mí lo último de lo último.

El condeño no sólo había tomado afecto a aquella voluntariosa criatura, sino que llegó a sentirse enamorado de ella.

Una de las cosas que más molestaban a Hardy eran las frecuentes visitas de King a la hacienda, pero como bastaba que se lo prohibiera para que ella instase más a su vecino a que fuese a visitarla, una noche que los encontró a los dos en el patio, le dijo delante de él :

— ¡Ya le he dicho que no quiero que este hombre venga por aquí!

— ¡Y yo he dicho que quiero que venga! ¿Se entera usted? — exclamó ella.

Entonces, encarándose con King, le dijo :

— Piense lo que piense la señorita, a mí me consta que es usted un ladrón, y aun cuando ella se empeñe en lo contrario, yo no quiero verle por aquí.

Adelaida se interpuso y replicó :

— El señor King no viene a verle a usted. Viene a verme a mí y puede hacerlo cuando le plazca.

— Ya sabe usted, señor King. Siempre que venga será bien recibido por mí.



Los dos rivales se acometían con saña...

V

— Ahora que estamos solos le ordeno que se marche. ¡Márchese y no vuelva más! — ordenó Santiago, cuando los dos hombres quedaron solos.

Pero el ganadero no hizo gran caso de la advertencia y trató de persuadirle :

— Le aconsejo por su bien, Santiago, que deje correr las cosas. Esta hacienda y su propietaria han de ser mías, y...

King no pudo concluir, pues un certero puñetazo de su adversario le derribó sobre la hierba.

Entonces se levantó y trató de defenderse. Los dos rivales se acometían con saña, pero la supremacía de Hardy era evidente y King tuvo que batirse en retirada, sufriendo las burlas de todos los mozos que habían acudido cuando oyeron el fragor de la lucha.

— Le he echado y le aseguro que no volverá. Conste que lo he hecho por el bien de usted...

Esto decía minutos después a Adelaida, pero la joven protestó energicamente. Santiago comprendió entonces que no era sólo un sentimiento de amistad el que sentía la joven por su vecino, sino que había también algo de amor.

El cariño es una enfermedad que avanza rápidamente. Días después el amor que Santiago sentía por la joven era tan grande como el que ésta experimentaba por su vecino.

— Mamá Gertrudis. Yo estoy loco por esa mujer. ¿Qué puedo hacer para que ella me quiera? — preguntó Santiago.

El consejo fué excelente:

— Pues darla celos. Ya verás como entonces viene a ti como las moscas a la miel.

A mamá Gertrudis le era muy simpático el capataz y decidió ayudarle.

— Mira — le dijo. — Su prima Marta, que es muy coqueta y enamoradiza, va a llegar aquí un día de éstos. Yo te prepararé el terreno hablándole bien de ti, y lo demás corre de tu cuenta.



...durante una de estas visitas se presentó ante ellos Estrella King, un basilisco en forma de mujer...

Tan cierto es que la humanidad codicia siempre lo que le está vedado, como que el orgullo ciega y nos impide distinguir lo bueno de lo malo; lo que debemos acoger y lo que rechazar. Por eso Adelaida, que no podía verse con King en su casa, le veía en el campo.

Y un dia aconteció que durante una de estas visitas se presentó ante ellos Estrella King, un basilisco en forma de mujer, que Fidel presentó a Adelaida como su hermana. Pero la recién llegada puso una cara tan hostil que la joven se marchó antes de cambiar palabra.

— ¿De modo que el nuevo propietario de la hacienda vecina es una mujer?

— Sí; ¿qué tiene ello de particular? La señorita Travis y yo estamos tratando asuntos de importancia.

— ¡Pues tú no tienes que tratar nada con nadie, y menos con mujeres, no estando yo presente!

— ¡Pero, criatura! ¿Qué interés puede guiar-me que no sea ganar dinero para ti?

Llegó Marta a la hacienda. Como ya había anticipado mamá Gertrudis, era la coquetería hecha mujer. No tardó en enamorarse de Santiago, el cual, con objeto de despertar celos en Adelaida, inició la conquista.

Los primeros síntomas no tardaron en hacerse notar. Un día, no se sabe si intencionadamente, pero se supone, Adelaida se vió en peligro de verse acometida por un becerro bravo y se encaramó a un árbol, llamando a Santiago en su auxilio.

El joven acudió prestamente y la salvó.

— Estoy empezando a ver que no soy justa con usted, Santiago.

— No se preocupe por eso, Adelaida...

— Al principio le traté con un poco de aspereza, pero ahora veo que usted no es como los otros...

Marta, por su parte, independientemente de la conquista de Santiago, había empezado la

del jovial Rickets, el segundo capataz, pero demostraba preferencia por el primero. Rickets no sabía contarle más que historias de indios.

Lo primero que hizo aquella tarde Adelaida cuando llegó a la hacienda fué ir en busca de mamá Gertrudis.

— Mamá: dame un vestido de los míos.

Entretanto, Marta se había reunido con Santiago y le pedía noticias de lo ocurrido en el prado:

— ¡Oh, nada! No iba a dejar que la pillara el toro; pero en lo sucesivo, como antes. Ya sabe que por su prima no siento más que una ligera simpatía...

Hizo esta aclaración, pues veía que Marta empezaba a sentir celos y quería despistarla.

Como estaban conversando en el jardín, un momento que Adelaida se asomó a la ventana de su cuarto los vió tan juntos que no pudo contener una exclamación que pintaba el estado de su alma:

— ¡Ese hombre es un Barba Azul!

VI

Roberto Rickets, el segundo capataz, estaba tan encaprichado por Marta que hasta empezó a ahorrar dinero y todo.

Santiago seguía la misma táctica de Marta, es decir: jugaba con dos pelotas, y no lo de-

cimos por el partido de polo que se había establecido aquella tarde en una explanada fronteriza a la hacienda, sino por las conquistas de Marta y Adelaida.

Aquella tarde, Adelaida seguía las incidencias del partido desde la cancela del jardín. Aprovechando lo distraídos que estaban todos con el partido, Fidel King tuvo la audacia de acercarse de nuevo a la hacienda.

— He estado acechando la oportunidad para venir a pedir perdón a usted por la manera de proceder de mi hermana. Ella desea ofrecerle personalmente sus excusas y le ruega por mi conducto que vaya usted a verla.

— Iré; pero ahora márchese. Si Santiago le ve no quiero cuestiones.

Santiago le vió, pero se hizo el indiferente para arreglar después la cosa personalmente y sin testigos, pues estaba decidido a que aquellas visitas no se repitieran.

Al día siguiente montó a caballo y se dirigió a la hacienda de King. Como no viera a nadie a quien preguntar por el dueño se dirigió a la casa. Salió a recibirle la señora King.

— Buenas tardes. Venía a decir a King que no vuelva a acercarse más a la señorita Travis.

— ¿Pero es que ha estado mi marido otra vez con esa mujer?

— ¡Cómo su marido! Si aquí todos creemos que son ustedes hermanos...

— Pues no, señor: soy su esposa, aunque a él le convenga hacer ver lo contrario.



Su prima Marta había envidado, sin saberlo, a hacerle la vida imposible...

— Creo que no tendrá usted que volver a inquietarse en cuanto la señorita Travis sepa la verdad.

Cuando volvió a quedar sola la mujer de King empezó a pensar. Precisamente aquella tarde le había pedido con mucha insistencia que se fuera al pueblo para hacer determinadas gestiones, que no corrían mucha prisa.

— Ahora me lo explico todo. King tiene que recibir aquí esta tarde a esa mujer... ¡Pero se van a llevar un gran chasco!

Adelaida, por su parte, se hallaba encerrada en su cuarto, ajena a todo lo que pa-

saba. Se hallaba reclinada sobre la mesa, ante la que había escrito un pliego de papel. Sus ojos estaban humedecidos por el llanto. Aquel pliego de papel era su despedida de la hacienda. Su prima Marta había venido, sin saberlo, a hacerle la vida imposible. Santiago le denotaba bien a las claras una especial predilección y ella no quería desviar las inclinaciones del hombre que amaba.

Aquella mañana King había vuelto a estar en la hacienda, pidiéndole con mucha insistencia que no dejara de ir a su casa... Pues bien : iría. Pero para quedarse en ella y no volver a ver más a los habitantes de El Espejo. King, después de todo, era una buena persona...

Mientras King hizo la visita que conocemos, ella saltó por la ventana y abandonó la hacienda.

Cuando el joven regresó, lo primero que hizo fué preguntar por ella. Quería darle cuenta de quién era King, y además pedirle humildemente que consintiera en ser su esposa.

Pero mamá Gertrudis que había subido a su cuarto para llamarla, bajó despavorida :

— ¡Algo debe haberle ocurrido a Adelaida! ¡La puerta de su cuarto está cerrada y no contesta!

Santiago subió de dos en dos los escalones. Mamá Gertrudis y Marta siguieron. De un fuerte empujón el capataz hizo saltar la cerradura y penetraron en el cuarto, donde todo

En la página anterior se muestra la escena



La resistencia que opusieron King y los suyos...

estaba al parecer en perfecto orden. El vió sobre la mesa el pliego de papel y leyó en voz alta lo siguiente :

« Me voy a casa de King, adonde sé que he de ser bien recibida. — ADELAIDA ».

— ¡Qué loca, Dios mío! — exclamó Marta dejándose caer en la cama.

Mamá Gertrudis bajó la escalera y salió al patio gritando despavoridamente :

— ¡La señorita Adelaida se ha ido sola a la hacienda de King!

Momentos después el patio de El Espejo se había llenado de caballos y vaqueros. Aquello parecía un cuartel de caballería.

VII

Fidel King, que desde primeras horas de la tarde se había adelantado para recibir a Adelaida, se prometía por anticipado un triunfo.

Antes de salir al encuentro de su amiga, estuvo en la casa y no perdió de vista a su mujer, hasta que la vió marchar en dirección al pueblo. Pero ella, que como se sabe estaba sobre aviso, volvió grupas y regresó a la hacienda.

— Mi marido creerá que estoy en el pueblo... ¡Valiente sorpresa se va a llevar cuando vuelva!

Por fin King, que cansado de esperar a Adelaida ya empezaba a desanimarse, la vió venir a galope tendido, y le salió al encuentro.

— ¿La sigue alguien? — fué lo primero que preguntó.

— Nadie se ha dado cuenta de mi salida.

— Más vale así, porque como ese Santiago es tan imprudente...

Fueron andando y en pocos minutos llegaron a la hacienda. King creía a pies juntillas que su mujer estaría en el pueblo. Entraron en la casa. King tuvo la precaución de cerrar la puerta, guardándose la llave.

No sabía la manera de empezar. Estaba cohibido. Adelaida ya empezaba a mirarle con miedo, presintiendo que aquello fuera una cobarde emboscada.

— ¿Y su hermana? — preguntó.

— Ya saldrá... Pero antes, Adelaida, permítame que...

Y se fué acercando hasta que pudo cogerla y la enlazó por el talle. Ella se desprendió ofendida, y dijo :

— ¡Si es a esto a lo que me ha hecho usted venir, me marcho ahora mismo!

King estaba como loco y la perseguía.

— ¡Si se acerca a mí otra vez, me van a oír desde el pueblo! — exclamó Adelaida, dirigiéndose hacia la puerta para escapar, y cuando vió que había cerrado con llave, exclamó con la cólera pintada en el semblante :

— ¡Es usted un canalla, un miserable!

De pronto se corrió una cortina y apareció la mujer de King. Adelaida vió, después de todo, una tabla de salvación y King se quedó asombrado.

— ¿De modo que es usted la que viene en busca de mi marido? — preguntó la recién llegada a Adelaida.

— No; es él quien me ha preparado esta emboscada. Yo no sabía que fuese su marido. Ha tratado de engañarme.

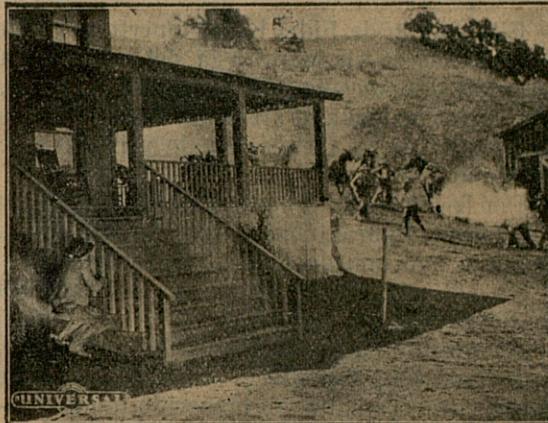
Llamaron a la puerta con violencia y una voz gritó desde afuera.

— ¡Ahí viene Hardy con los hombres de la hacienda!

La resistencia que opusieron King y los suyos ante la gente de El Espejo fué desesperada. Todos los hombres al servicio de King, que por orden de éste habían permanecido ocultos, en previsión de lo que pudiera ocurrir, tenían orden de no dejar pasar a nadie y recibieron a Hardy y a los suyos a tiro limpio.

King, su mujer y Adelaida, se refugiaron en una habitación interior para resguardarse de las balas y allí Hardy pudo rescatar a su amiga.

Pocos días después todo había cambiado radicalmente. De la muchacha irascible que había venido de la ciudad disfrazada de hombre, ya no quedaba ni el recuerdo.



...tenían orden de no dejar pasar a nadie y...

Adelaida Travis, en la plenitud de sus encantos femeninos, más bella que nunca porque el amor había dulcificado su voz y aureolado sus bellos ojos, era reina y señora de todo y de todos, menos de Santiago Hardy, a cuya autoridad se había sometido.

Marta, la prima de Adelaida, había renunciado de una vez para siempre a coquetear con unos y con otros. Después de un sincero examen de conciencia llegó a la conclusión de que ella sólo podía enamorarse de un hombre gordo y que ese hombre gordo no podía ser otro que Roberto Ricketts, a quien se había reconocido oficialmente su título de segundo capataz de la hacienda.

El recuerdo de Fidel King, muerto por una bala justiciera en la refriega del rescate, ya se había desvanecido... El amor, sólo el amor, era lo que ocupaba la atención de los dichosos habitantes de El Espejo, espejo verdadero de felicidad.

Por la noche, los amantes, envueltos por las cómplices sombras, conjugaban el dulce verbo, y así se oyó una noche decir a Santiago :

— Así es como yo quería verte... cariñosa y tierna con tu capataz...

— Amito mío... — respondió una vocecilla.

Y una voz, tan dulce como aquella, que hasta entonces había permanecido muda, murmuraba :

— ¿Verdad que nosotros nos queremos mucho más que ellos?

— Más que ellos y que todos los que se hayan querido en el mundo — le respondió el segundo capataz.

FIN

BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
- 7 UN MENSAJE DE ULTIMA HORA, por G. Hulette.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmieri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
- 17 NINÍCHE, por Ossi Oswalda.
- 18 DESTINO..., por Isabellita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henny Porten.
- 22 EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por I. Langlais.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTRÉPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leatrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Harrison Ford y Madge Bellamy.
- 29 HUELGA DE ESPOSAS, por J. Logan y E. Foxe.
- 30 SIBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
- 31 EL NECIO, por Edmund Lowe.
- 32 TRÍO FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Busch.
- 33 «SALLY» LA HIJA DEL CIRCO, por Carol Dempster.
- 34 EL TESORO DE PLATA, por G. O'Brien y E. Dalgy.
- 35 LA CARAVANA DEL ORO, por A. Q. Nilson y L. Barrymore.
- 36 EL MURCIÉLAGO, por Jack Pickford.
- 37 EL SOLDADO DESCONOCIDO, por M. de la Motte.
- 38 LOS DADOS ROJOS, por Rod La Rocque.
- 39 ORGULLO DE RAZA, por Corinne Griffitt.

PRECIO DE CADA TOMO: **60 CÉNTIMOS**